



Aviso Legal

Capítulo de libro

Título de la obra: La civilización occidental: el centro de las taxonomías

Autor: Taboada, Hernán G. H.

Forma sugerida de citar: Taboada, H. G. H. (2022). La civilización occidental: el centro de las taxonomías. En A. Kozel (Eds.), *En busca de la civilización latinoamericana* (183-210). Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe.

Datos del libro: *En busca de la civilización latinoamericana*

Diseñadora de cubierta: Brutus Higueta, Marie-Nicole

Diseñadora de interiores: Martínez Hidalgo, Irma

ISBN: 978-607-30-6342-5

Los derechos patrimoniales del capítulo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este capítulo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>

Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- ✓ Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

Compartir igual: si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

8. LA CIVILIZACIÓN OCCIDENTAL: EL CENTRO DE LAS TAXONOMÍAS

Hernán G.H. Taboada*

Basta tener un mínimo de conocimiento histórico para poder mostrar sin esfuerzo alguno que la idea de Occidente y de “cultura occidental” en ella implícita, si tiene una virtud es precisamente la de escapar a cualquier intento de localización estricta.

JOSÉ ARICÓ, 1988

¿Una civilización, una geografía, un destino, una ideología o una idea?

ALI LAÏDI, 2019

Quienes se han dado a la tarea de clasificar las sociedades humanas en conjuntos llamados civilizaciones rara vez coinciden en las líneas de división, en las denominaciones o en el número de tales conjuntos,

* Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la Universidad Nacional Autónoma de México (haroldo@unam.mx).

ni los presentes ni los pasados. Una coincidencia entre las pocas, singularmente reveladora, se da en torno a cierta entidad que fue conocida bajo varios nombres —europea, cristiana, romano-germánica, judeocristiana— y ahora se prefiere llamar civilización occidental u Occidente. En todo sistema aparece, y en lugar destacado.

La unanimidad se relaciona con su ubicación en el centro y origen de todos los sistemas clasificatorios, del mismo modo que está en el centro de las proyecciones cartográficas o los esquemas de la historia universal. Desde esta posición privilegiada, el Occidente se ha constituido en la clave para determinar las otras civilizaciones —sobre la base de la afinidad, parentesco o ajenidad que con él mantienen— y goza de una mayor precisión en el dibujo de sus caracteres reales o imaginarios y en el relato de su evolución, mientras el contorno de aquellas otras civilizaciones a menudo acusa trazados gruesos, inexactos o imprecisos.

Semejante finura en el retrato suministra abundante material de datos, conceptos e imágenes para exhaustivas definiciones, caracterizaciones y comparaciones, emanadas desde dentro o desde fuera, siendo quizás estas últimas las más interesantes: las que ahora se proponen desde China, el Islam o África. Junto a ellas no han faltado intentos de definición/caracterización de Occidente desde América Latina, con una perspectiva de asimilación o de ajenidad, de comparación o de contrastación con lo propio. Aquí se propone una más, a la que anteceden consideraciones que buscan problematizar la existencia misma de esa entidad, que se suele dar por supuesta.

HISTORIA DE DOS PALABRAS

El topónimo *Europa* y el gentilicio *europeo* ya han sido objeto de abundante investigación, que permite exponer las líneas de su his-

toria. Probablemente la primera constituía en su muy lejano origen una vaga designación espacial (rb/grb/uruba) que se había originado entre las antiguas culturas semíticas, con el revelador significado de “occidente”. Fue retomada por los griegos, que adaptaron el sonido a su lengua, lo asimilaron al nombre de una ninfa y lo convirtieron en el de una de las partes en que dividieron el mundo conocido, junto con Asia y África. Esta clasificación tripartita, sin embargo, no estaba muy extendida en la Antigüedad; tampoco lo estuvo en la Edad Media, ni la islámica ni la cristiana, donde se prefirieron otras formas de dividir la superficie terrestre.

El nombre de Europa empezó a tener difusión gracias a la homogeneidad de ciertos modelos culturales —técnicas agrícolas, sistema feudal, organización urbana, sociedad estamentaria, uso del latín, géneros literarios, obediencia al Papa romano, santoral, peregrinaciones y onomástica— que se alcanzó a fines de la Edad Media en el área cristiano-latina. La evangelización de las últimas zonas paganas en el Báltico, la expulsión de los judíos de Francia e Inglaterra y el arrinconamiento de los moros en Italia y España también contribuyeron a la homogeneidad. En conjunción con todos esos fenómenos, o determinándolos, se organizó un espacio de intercambios comerciales, humanos y culturales —una economía-mundo, dirían algunos. Quienes habitaban este espacio lo fueron entendiendo como una unidad y a moldear pensamientos y acciones sobre tal comprensión. Empezaron a hablar de Europa, como ya hablaban sus vecinos bizantinos o mediorientales de una brumosa unidad ajena a ellos y llamada el país de los francos.

Quizás fuera la recíproca conciencia que dichos francos o europeos? tenían de tales vecinos, y de otredades más lejanas, lo que agregó razones para el nombramiento y conceptualización: desde el siglo xv los ataques otomanos llevaron a equiparar a Europa con

la Cristiandad y a Asia y África con el Islam. La expansión marítima desde el siglo XVI hizo tomar conciencia de otras culturas de igual o superior refinamiento en la ecumene afroeuroasiática y hasta en América. A todos por fin los fue fijando simbólicamente el desarrollo de la cartografía y hasta la iconografía. Se recobró el antiguo nombre griego, aunque tampoco ahora fue mucho más allá del ámbito de los eruditos; estaba en libros y mapas pero la población en general no se identificaba con Europa, nadie se asumía como europeo: es lo que vemos entre los marinos, conquistadores y pobladores en las costas africanas, las aguas del Índico o América.

El comienzo de una identificación más generalizada pertenece a momentos posteriores, que van desde la Reforma a la Ilustración. El de Europa fue un término del debate político: los protestantes lo esgrimieron contra los católicos, los whigs contra los tories, los enemigos de Luis XIV contra éste, los ilustrados contra el oscurantismo exterior. También influyeron la difusión de la palabra escrita por medio de la imprenta y la revolución comercial, que produjo un aumento de los contactos con el mundo y la consiguiente creencia en una superioridad europea sobre el mismo. Se entendió cada vez más a Europa como una entidad con vida propia, a los europeos como un sector particular de la humanidad. Siguieron siendo ideas y términos concentrados en la cultura letrada pero que ahora pudieron excederla en cierto grado.

Este mínimo esbozo histórico muestra que las denominaciones *Europa* y *europeos* se extendieron en la medida que se conformó un conjunto humano al que se le empezaron a ver, tanto al interior como desde el exterior, caracteres comunes y se comprobó la inadecuación de una anterior denominación de base religiosa, ya que ese conjunto no era coextensivo con el mundo cristiano. Una consecuencia del renombramiento fue que se convirtió en

núcleo de una clasificación de la humanidad entre europeos, asiáticos, africanos y americanos (todos nombres creados en Europa). La cartografía, las ciencias, la literatura, las artes plásticas y hasta una honda simbología subconsciente trabajaron sobre esta clasificación. Trascendió inclusive y los americanos (o algunos de ellos) retomaron entonces (los africanos lo harían mucho después) como marca de identidad el nombre que así les fue impuesto.

Ocurría sin embargo que no se alcanzaba acuerdo sobre los límites de esa Europa. Había quien consideraba que “África empieza en los Pirineos” y Asia del otro lado de la Landstrasse de Viena. Una misma ajenidad a Europa se atribuiría a los campesinos bálticos, a los montañeses de Escocia, a los judíos, a los *lazzaroni* napolitanos, quizás a todos los habitantes de los suburbios de las capitales y a tantos otros marginales. Es decir que las fronteras geográficas no coincidían con las fronteras culturales que estaban siendo definidas según las pautas de la Ilustración y que por lo tanto ciertos territorios “europeos” en realidad no lo eran: el límite era una franja urbana noratlántica desde Londres a Edimburgo, desde Burdeos a Estocolmo, con cierta extensión de hinterland que marcaba una línea sinuosa entre esta última y Venecia.

Por otro lado, sociedades cuyas élites estaban emparentadas con las europeas se habían ido formando en territorios transmarinos: la temprana de los boers sudafricanos pero sobre todo las de los establecimientos costeros de ingleses y franceses y algunos puntos de los imperios ibéricos, donde se podía comprobar cierta identidad de lengua, religión y costumbres con sus potencias colonizadoras. A pesar de lo cual en dichos territorios, como líneas arriba se apuntó, se difundía una voluntad de distanciamiento de Europa que llegó a la opinión hostil, a la búsqueda de una denominación propia y por fin a la independencia. Las colonias inglesas

asumieron el nombre de *América* y el gentilicio de *americanos*; las colonias españolas y portuguesas enfatizaron su identificación con *nuestra América*, *nossa América* (que paradójicamente puede haberse calcado de la expresión *nuestra Europa*).

Es decir que Europa constituía más bien una “metáfora”: lo había dicho el ruso Nikolai Danilevski (1869) y el término reapareció de forma independiente en el peruano Aníbal Quijano (2000). Más sesudamente se la ha considerado un concepto “hiperreal” (Dipesh Chakrabarty, 2000). La conciencia de su inadecuación aumentaba a medida que la Ilustración y su ideal ecuménico de civilización se desvanecían y que la expansión demográfica creaba más colonias de inmigrantes europeos en el mundo. La Europa de los mapas no era coextensiva con el pequeño grupo de países que se solían considerar protagonistas de su historia (Italia, España, Francia, Gran Bretaña y Alemania), y este grupo no era a su vez coextensivo con esa área centrada en torno al Atlántico norte que los tiempos del mundo iban elevando a la cúspide del progreso. Para definirla se fue desarrollando el término *Occidente*.

Éste ya había dejado de tener exclusivamente referencias espaciales; desde la Antigüedad fue incorporando matices culturales para funcionar como antónimo de aquellas regiones que se habían agrupado como el Oriente. Ninguno se limitaba a ser un punto geográfico: no lo había sido el Oriente y no lo sería el Occidente, en el nuevo sentido que apareció vagamente en Montesquieu (1748) y en Condorcet (1796) para designar la Europa dominada por el eje franco-inglés.

El neologismo no se utilizó mucho en su lugar de creación, y en cambio el significado cultural de *Occidente* se reforzó especialmente en las áreas situadas en los márgenes de dicho eje, para cuya inclusión en Europa había reticencia: Alemania oriental, los

Balcanes, Rusia y otros dominios eslavos. Tales márgenes habían sido afectados por las ideas de la Ilustración pero también por una reacción a éstas. Algunos de sus pensadores buscaron reafirmar ciertas características locales e históricas frente a la homogeneidad que la Ilustración defendía bajo consignas pretendidamente ecuménicas, frente a la pedantería de los *philosophes*, frente a la agresión napoleónica y frente a la modernidad democrática.

En el romanticismo alemán la reafirmación marcó distancia de los modelos latinos y franceses, en el conservadurismo hispano de las ideas liberales transpirenaicas. La inteligencia rusa fue más allá y desarrolló la conciencia de una diferencia entre su cultura y una otredad que excedía Francia e Inglaterra, la cual se empezó a llamar el Occidente (Запад), distinto a Rusia. La denominación derivaba de los significados que ya apuntaban en Montesquieu y Condorcet, pero fue mucho más utilizada por la filosofía de la historia rusa, que la convirtió en tema central de debates desde las primeras décadas del siglo XIX hasta ahora.

Paralelamente, los Estados del eje franco-inglés arriba señalado recogieron a partir de 1830 la idea de una división entre la parte occidental de Europa, a la que ellos pertenecían, y una parte oriental, ajena a sus sedicentes tradiciones de libertad y progreso. La división respondía a cierta rivalidad geopolítica con Rusia y adquirió firmeza en los escritos de Auguste Comte en torno a 1841: para él existía una entidad llamada el Occidente, pueblos llamados occidentales, que incluían a algunos de los de Europa y a los que de ellos descendían en las Américas, Australia y Nueva Zelanda. Otros pueblos situados geográficamente en Europa eran en cambio ajenos a lo que llamó *occidentalisme* y *l'Occidentalité*.

El uso de Comte estuvo muy imbricado en su programa político, causó extrañeza en algunos y rechazo en otros, y tardó en generalizarse. Por mucho tiempo se prefirió hablar de países europeos, países cristianos o simplemente países civilizados. Fueron tales nombres los utilizados por la propaganda colonialista, no el de Occidente. Éste empezó a difundirse como resultado de cambios en la estructura geopolítica mundial tras la Gran Guerra de 1914-1918. Quizás la sanción final provino de la popularidad de una historia en clave de conjuntos civilizacionales: *La decadencia de Occidente* (1918) de Oswald Spengler.

Este recorrido por la historia terminológica, aunque breve en relación con el volumen y detalle de investigaciones recientes, puede haber parecido excesivo y fuera de lugar. Su utilidad sin embargo emerge cuando se atesoran ciertas enseñanzas que deja: que los términos —Europa primero, Occidente después— aparecieron cuando se hizo sentir su necesidad para designar realidades nuevas pero tuvieron escasa y libresca circulación inicial y se fueron consolidando a medida que los fabricantes de opinión difundían una mayor conciencia de las diferencias con otros grupos humanos; que son términos metafóricos e hiperreales. Son puntos a tener en cuenta para tratar de delimitar al Occidente, a lo que ahora nos abocamos.

¿LOS INICIOS EN LA HÉLADE?

Puestos a buscar la genealogía de nuestra entidad, gran número de manuales, cursos, programas o documentales nos dibujan una trayectoria que comienza en Grecia. Ésta constituye el primer capítulo, la primera clase, la primera unidad o el primer episodio, donde se nos cuenta cómo ese pueblo que se organizaba alrede-

dor de la polis supo liberarse de creencias tradicionales, usar de la razón y no del mito para explicar el mundo, asumir el valor de la dignidad y libertad humana y crear una literatura y un arte superiores. El drama se prolonga para exponer cómo tales valores enfrentaron a Grecia con los despotismos del Oriente, desde Agamenón hasta Alejandro Magno, si no es que hasta Mahoma.

En estos choques, muy especialmente en las Guerras Médicas (490-449 a.C.), algún conmovido relato o ahora un par de películas nos aseguran que se jugó el destino del Occidente. El triunfo de los griegos permitió defender sus valores y transmitirlos al pueblo romano, que los recogió y sistematizó, orientándolos hacia las ideas del Estado y el derecho individual o colectivo. La resultante mezcla (grecorromana, grecolatina, clásica) incorporó por fin los aportes de una tercera herencia significativa, la de Israel con su mensaje ético, que dio en el cristianismo, capaz de insuflar un significado trascendente y una dimensión universalista. En esta feliz síntesis se originaron los valores del Occidente, que permitieron a sus portadores iniciar un camino triunfal hacia la verdadera humanidad, hacia el progreso y el dominio del mundo.

Abundan las reconstrucciones sobre estas líneas, convincentes por su gran coherencia y por su sintonía con la vulgata historiográfica y hasta con el conocimiento escolar del público. Empezamos a dudar en cuanto comprobamos que no todas las reconstrucciones asignan el mismo peso a los distintos elementos ni todas los consideran compatibles. Se habla de una mezcla inestable, se hace notar que el cristianismo primitivo rechazaba la herencia pagana y algunos pensadores actuales vuelven a rechazarla; por el contrario la Ilustración, y en ella Edward Gibbon como modelo, despreció el cristianismo como apartamiento de los sanos principios del mundo antiguo. El neologismo *judeocristiano* habría causado

extrañeza antes del siglo xx. Tampoco es universal la idea de una continuidad entre Grecia y Roma; hubo quien optó por la primera y quien por la segunda, quien vio en ésta un pesado obstáculo en el camino hacia los valores modernos, un cuerpo político violento y despótico que asumió modelos orientales. Tales oscilaciones en la ponderación de los elementos nos tienen que alertar sobre las distintas influencias ideológicas que han ido operando sobre cada propuesta de genealogía, y en ellas debemos fijarnos.

Hacerlo nos deja ver cómo la Grecia del famoso milagro, la del relámpago de divina razón, es en gran parte una reconstrucción moderna, sospechosamente coetánea del concepto de Occidente. Fue obra de la filología clásica, la cual laboriosamente remendó los textos de ese mundo sepultado, los ensambló con ayuda de la arqueología y epigrafía, y sobre el lienzo obtenido pintó un retrato de Grecia a imagen y semejanza de la Europa burguesa. Si hoy se duda en aceptar la reconstrucción alternativa que intentó en *Ate-nea negra* (1987) Martin Bernal —el cual se empeñó en encontrar una cuna y una pertenencia africana y semítica de la cultura griega—, debemos por lo menos aceptar la *pars destruens* del libro, cuando nos describe los mecanismos de aquella primera apropiación de Grecia por los pensadores europeos. Una sospecha similar podemos arrojar sobre los otros antepasados que del Occidente se han postulado, ver que las imágenes de Roma o Israel también han sufrido una apropiación, reconstrucción y deformación tan notorias como las de Grecia.

Si estos pueblos dejaron abundantes huellas en la cultura europea moderna, me parece correcto explicarlas no por una línea genealógica directa y exclusiva, sino por otra que parte de un acervo civilizacional mucho más extendido. Podemos remontar su origen a las innovaciones técnicas del Neolítico y al consiguiente reorde-

namiento social e intelectual, así como a la reelaboración constante operada en los milenios siguientes por egipcios, mesopotámicos, fenicios, carios, iberos, etruscos y celtas entre muchísimos otros pueblos en una región entre Irán y Bretaña, entre ésta y Etiopía. El acervo resultante fue resignificado por los movimientos espirituales de la Edad Axial, en los siglos VII-V a.C., por los imperios cada vez más abarcadores, por los posteriores movimientos religiosos de los comienzos de nuestra era, por los pueblos bárbaros que invadieron las áreas agrícolas del Viejo Mundo. A todos ellos se debe una síntesis intercultural que se difundió por una amplia franja al norte y al sur del Mediterráneo, con extensiones hacia el Medio Oriente y el norte de Europa.

Dicha síntesis, la *koiné* antigua, la civilización mediterránea, la Civilización Central de David Wilkinson, mantuvo una continuidad en el área de su más viejo asentamiento, el Mediterráneo oriental, y allí evolucionó, amalgamada con otros elementos y sucesivamente adaptada, dando forma a las culturas del Islam medieval y de Bizancio. Ellas fueron las verdaderas herederas directas de la *koiné* antigua. Ésta en cambio influyó marginalmente en las periferias bárbaras, incluyendo las del norte de Europa, las cuales recibieron un patrimonio menguado y transitaron caminos propios en lo que se llamó Edad Media.

Los caminos condujeron a nuevas síntesis tecnológicas, sociales, políticas y culturales, más tarde a la expansión de los portadores de estas novedades a partir del reducido núcleo inicial situado entre la mitad superior de Italia y la mitad inferior de Francia, con alguna extensión inglesa, alemana y española. Expansión que fue demográfica, sobre islas, territorios desiertos, bosques y montañas, fue religiosa y cultural entre los pueblos célticos, escandinavos, eslavos y bálticos que habían elaborado propuestas propias, y fue

militar contra otros vecinos, tanto los más bárbaros como los más civilizados. La llamada Reconquista española (desde 1085), las expediciones contra Grecia y Anatolia (desde 1071) y las Cruzadas a Tierra Santa (desde 1099) y las posteriores de los Caballeros Teutones (desde 1203) contra eslavos y baltos fueron los episodios más o menos coetáneos de dicha expansión guerrera, a los que siguieron las talasocracias de vikingos e ibéricos, que llevaron a asentamientos en Groenlandia, el Labrador y las islas del Atlántico.

En estos episodios la *koiné* antigua no estuvo completamente ausente pero más bien funcionó como una lejana referencia prestigiosa. Se la buscó recuperar en sucesivos “renacimientos” desde la época carolingia, pero sus asideros materiales y simbólicos —dioses olímpicos, filósofos griegos, emperadores romanos— eran incomprensibles para la mayoría de la población y confusamente conocidos por los letrados. Las recuperaciones fueron selectivas, caprichosas y por vía erudita, y dependientes de los préstamos de los auténticos herederos, Bizancio y el Islam, que habían conservado más elementos de la cultura antigua, mientras los países de los francos ya eran claramente cosa aparte. Hasta algunos empezaban a considerarlos una unidad y a dar a ésta el nombre de Europa.

LOS OTROS COMIENZOS

En el siglo XVII hubo en Europa una disputa entre partidarios de los antiguos y partidarios de los modernos, y los primeros a la larga perdieron. El pasado grecorromano se convirtió en objeto de fervoroso estudio y análisis pero con la convicción creciente de que representaba un mundo distinto, arqueológico y hasta inferior, no un modelo. Se vio entonces cada vez más la fundación de Europa

como obra de los invasores germanos, en ese nuevo comienzo que fue la Edad Media.

Hubo en esta invocación exageraciones racistas, se podrá decir, pero que de todos modos no contradicen la idea de un origen medieval del Occidente. Los recuentos históricos nos muestran que las invasiones bárbaras —y antes que ellas esa edad heroica de los márgenes célticos, germanos, eslavos o bálticos y ese fascinante mundo de la Antigüedad Tardía que la historiografía demoró en descubrir— iniciaron una ruptura con los moldes tecnológicos, sociales y culturales previos. La “caída del imperio romano”, esa catástrofe de la historiografía ilustrada, es en semejante tesitura reivindicada y hasta celebrada como un nuevo y feliz comienzo. A partir del mismo se fue asentando una cultura que hoy día está más cerca que la herencia clásica en los países del occidente europeo. Desde las técnicas, la lengua y la onomástica hasta el calendario festivo, la gastronomía y el derecho, y quizás aun las profundidades de la psiquis.

Continuidad cultural que se manifiesta en continuidad jurídica y política. Los archivos y repositorios europeos (eclesiásticos, gubernamentales, privados) albergan documentos que alcanzan hasta esos tiempos, que con ellos enlazan ininterrumpidamente, en contraste con la quiebra que sufrieron las instituciones del mundo clásico. Las monarquías y las clases nobiliarias del antiguo Régimen reconocían o todavía reconocen su origen en los bárbaros conquistadores, como después hicieron algunos nacionalismos modernos. Las varias fronteras culturales marcadas por las invasiones al imperio romano siguen hoy presentes entre áreas de lengua romance y de lengua germánica, entre sociedades católicas y protestantes, marcaron también la frontera entre países liberales y absolutistas, entre capitalistas y socialistas, y apenas anteaayer entre la “vieja” y la “nueva” Europa de Donald Rumsfeld.

Todo lo anterior nos llevaría a darle la razón a Boulainvilliers, Hegel y Guizot y a la legión de manuales que señalan en la Edad Media el comienzo de las modernas naciones, nos llevaría a ver en ella el arranque de ese proceso que resultó en la homogeneidad de ciertos modelos culturales y en la expansión que antes mencioné y que dio en la primera difusión del nombre de Europa. La reconstrucción sobre estas líneas es aceptable siempre y cuando evitemos entroncar el desarrollo medieval con las actuales sociedades de la forma tan directa que han propuesto pensadores y difundido manuales: recordemos que éstos crearon la categoría de Edad Media a partir del siglo XVII para alojar en ella un pasado del que se sentían ajenos, y si así era percibida entonces, más ajena aún es la Edad Media en nuestros días.

Muy dificultosamente podrá en efecto el individuo actual penetrar en el ámbito mental de esos supuestos ancestros. Podrá sí apreciar ciertos aspectos de las artes plásticas medievales pero de la misma manera que aprecia otros mundos estéticos mucho más alejados, que atraen por su encanto primitivo y por su simbología oscura. Menos accesibles le serán los lenguajes musicales, literarios o filosóficos; necesitará la intermediación y guía de los especialistas para entender y seguir textos e ideas: traducciones del latín, de viejas formas romances, del anglosajón, nórdico, alto alemán o eslavón, comentarios eruditos, reconstrucción arquitectónica, trasposición artística, exégesis a partir de categorías para nosotros inteligibles. Sin tanta labor sólo nos queda la ilusión de novelas históricas, guías turísticas o series televisivas que dicen acercarnos a una mentirosa edad heroica de anillos mágicos y de vikingos musculosos, a una Edad Media posmoderna de aldeas acogedoras.

El rechazo de esta fantasía nos debe llevar a considerar la Edad Media más bien una prehistoria que los europeos modernos vie-

ron como ajena a ellos cuando aún tenían ante la mirada muchos de sus resabios. Tan ajena que tuvieron que inventarle el nombre que todavía usamos, y a sus inventores se les antojaba más similar a esos presentes etnográficos que en Asia, África y América iban descubriendo. Es significativo que ante tales presentes los modernos tuvieran una reacción muy distinta a la de sus medievales ancestros en casos análogos: para estos últimos, Marco Polo, Mandeville o sus lectores, los pueblos remotos del Oriente podían ser muestra de prodigios, magia, error religioso y aberración moral pero no veían grandes diferencias en las técnicas de producción e intercambio ni en las bases del poder o ciertos símbolos culturales básicos, y si las veían era para enaltecer la superioridad ajena.

Semejante diversidad de reacciones me hace pensar que el referente principal para explicar la Europa medieval es, más que su continuación moderna, la ecumene que la rodeaba —sucesora del mundo antiguo y de otras culturas más allá del mismo, en el Oriente civilizado o en las periferias bárbaras—, organizada a lo largo de una extensa hilera de ciudades. Iban desde Irlanda a Japón, desde Escandinavia hasta los reinos del Sahel, desde Moscovia hasta Indonesia, con un patrimonio tecnológico y científico compartido, con sistemas políticos y sociales mutuamente traducibles, con categorías que se entendían entre sí. Una Edad Media global, han supuesto algunos; la etapa medieval de la Civilización Central, para retomar otra vez a David Wilkinson.

La pregunta es, entonces, cuándo los europeos dejaron de pertenecer a esta ecumene medieval y salieron de su universo social y mental. En otras palabras, cuándo Europa se diferenció del resto del mundo. Precisión difícil que muchos ubican en ese hito por todos conocido, el Renacimiento (siglos XIV-XV). Nuestra vulgata la caracteriza por el fin del feudalismo, el auge de las ciudades, la

burguesía y el comercio, el Estado nacional y el comienzo de las libertades y la representación política. También nos dicen que todo ello estuvo acompañado por el advenimiento de una cosmovisión individualista, humanista, antropocéntrica, el triunfo de las ciencias y el espíritu racional, el arrojo y el descubrimiento del mundo extraeuropeo, de la naturaleza y del cosmos, de la belleza. En una palabra: Leonardo da Vinci.

Hasta entonces “Europa no era todavía propiamente Europa” (Walter Mignolo), y por el contrario desde entonces “Europa toma conciencia del carácter universal de su civilización” (Enrique Dussel). Para crear sospecha sobre estos señalamientos de origen, la crítica historiográfica nos comprueba una vez más que muchísimo de lo que se ha afirmado sobre el Renacimiento, empezando por el nombre, pertenece al ámbito de la mitología historiográfica del siglo XIX, siempre en busca de partidas de nacimiento prestigiosas, de antepasados dibujados a su imagen y semejanza. Quizás es más satisfactorio considerar el Renacimiento, si es que aceptamos su existencia, no como un inicio sino como la culminación de la Edad Media (Ángel Castellán).

Dicha culminación puede haber sido consecuencia de las invasiones mongolas del siglo XIII, que alguien ha valorado no ya como destrucción catastrófica únicamente sino como una ruptura creativa en la historia. También puede el Renacimiento haberse originado tras el gran reacomodo social, político y mental posterior al gran golpe que significó la Peste Negra (1348), una pandemia de alcance afroeuroasiático. Tras la tragedia del Coronavirus algunos se han consolado hoy con un nuevo Renacimiento a la vuelta de la esquina.

El repunte demográfico, la recomposición social y el despertar intelectual que siguió a los mongoles o a la pandemia fueron

procesos también de alcance afroeuroasiático: en China se estableció la dinastía Ming (1344), en el área intermedia se conformaron los imperios islámicos modernos, el otomano, el safaví y el mogol; Rusia se reagrupó; en África florecieron Mali y Songhai, la navegación polinesia alcanzó sus límites. Todos se expandieron geográficamente, crearon técnicas y riquezas y todos desarrollaron “renacimientos”, similares periodos de brillo artístico y cultural, de apertura a influencias del pasado y del extranjero. Una ecumene que entre los siglos XV y XVII mostró cierta conciencia de sí misma, tanto que en ella se escribieron en distintas áreas culturales las primeras historias universales y se dibujaron esbozos de representación geográfica de todo el orbe.

En ese reacomodo, Europa occidental fue la que más expandió sus fronteras lanzándose tras los mares, y logró una posición más ventajosa que antes, aunque todavía no dominante, en esa ecumene civilizada afroeuroasiática que he nombrado, esa Edad Media global tan extendida geográficamente, en cuya creación cultural colaboró más activamente que antes. Al principio se trató de una expansión básicamente militar pero prosiguió con la diplomática, comercial y cultural. Los francos se hicieron presentes en la corte de los reyes mongoles y hubo asiáticos que devolvieron la visita a sus reinos; después aparecieron pintores italianos en la corte otomana, mercenarios portugueses en India e Indochina, comerciantes, viajeros y espías por doquier. Se buscó por primera vez la traducción de mapas y de manuales europeos, científicos y técnicos, a las lenguas del Islam. Más subterráneamente se difundieron al resto de la ecumene técnicas y objetos, especies vegetales y animales que los europeos habían importado de América.

Por primera vez Europa dejó de ser simplemente un rincón bárbaro en la etnografía islámica, Ibn Jaldún (1332-1406) pudo

hablar elogiosa (y borrosamente) de su ciencia; figuró como una silueta (aunque casi caricaturesca) en los mapas chinos, un nombre en cantidad de lenguas locales. Había iniciado, aunque no era exclusiva, una corriente de influencias materiales y espirituales en un sentido inverso al que fuera habitual durante siglos, ahora de occidente a oriente. Si se recuerda, es el momento en que la idea de Europa adquirió alguna solidez. El brillo, el influjo y la conciencia no eran todavía señales de una hegemonía europea en el mundo, quizás tampoco de sus basamentos, pero sí de sus antecedentes.

EL ARRANQUE

Ese momento cosmopolita terminó con una gran crisis, la crisis del siglo XVII. Cuando la historiografía empezó a explorarla hacia 1950 fue para dar cuenta de múltiples fenómenos concomitantes observados en Europa: epidemias, malas cosechas, descenso demográfico, inseguridad vital, ideologías radicales, secesión nacional y crueles guerras de religión, civiles y dinásticas, todo acompañado por masacres, quema de brujas y herejes y represión del pensamiento. Posteriormente se discutió mucho sobre dicha crisis y hubo quien negó su existencia. Ésta se comprueba, sin embargo, en cuanto se observa que no fue un fenómeno únicamente europeo.

Su carácter global aparece en los desórdenes que estallaron en el imperio otomano, el fin de su movimiento expansivo, del consenso general que gozaba su gobierno. El imperio mogol en la India buscó extenderse a todo el semicontinente y con ello perdió el equilibrio, el brillo y la tolerancia del siglo anterior. En China la crisis se manifestó con el derrocamiento de la dinastía Ming (1644). Japón se cerró. Rusia ingresó en los Tiempos Turbios. En África desaparecieron los grandes reinos del Sahel. La América,

ahora incorporada a los circuitos mundiales, experimentó una fortísima caída demográfica, la disminución de los ingresos mineros, revueltas indígenas, descontento criollo.

Se ha hecho remontar el origen de la crisis a fenómenos climáticos, ecológicos y demográficos. En el caso europeo se han integrado estas causales en una explicación que considera el pasaje de un ordenamiento a otro: del feudalismo al capitalismo, de una Europa centrada en el Mediterráneo a otra centrada en el Atlántico. Dado que hemos optado por entenderla como una crisis global, se pueden integrar a su vez estas explicaciones pensando en el pasaje de un ordenamiento ecuménico a otro, en el nacimiento del moderno sistema mundial, con las consiguientes mutaciones sociales y culturales por todos los rincones.

Tales mutaciones fueron notadas primeramente en Europa, a partir del siglo XVII y en distintos terrenos. Se respetó cada vez menos la autoridad clásica y se la rechazó (antes recordé la disputa entre antiguos y modernos), se refundaron el paradigma científico, las propuestas estéticas, el sistema de Estados y hasta la culinaria, la sexualidad y los ámbitos de socialización. Los hombres de los tiempos previos no pensaban como nosotros, descubrieron los primeros investigadores franceses de la historia de las mentalidades. El estudio de la Ilustración está retrotrayendo sus orígenes y se los hace ya caber en el XVII, con Descartes, Spinoza y Newton, con la “crisis de la conciencia europea”. La idea de progreso se abrió camino a partir de esas fechas.

Determinar, nombrar y definir las mutaciones fue tarea de las ciencias sociales, que nacieron con la crisis misma. Desde entonces ellas aislaron determinados factores, protagonistas y virtudes —las Luces, la burguesía, el comercio, el liberalismo, el Estado nacional— y los hicieron interactuar en una dinámica que llama-

ron de revoluciones: en el ámbito político ya los contemporáneos inventaron y aplicaron este término, que después se difundió y los libros hoy dan cuenta de una revolución industrial, científica, comercial, militar, industriosa.

Todos estos elementos llamados a escena dan en variados relatos, con cambiante cronología, actores y genealogía pero en todos ellos rige un difuso acuerdo, que empezaron a construir los protagonistas mismos, acerca del advenimiento de un sistema social claramente distinto al que había imperado desde el Neolítico: expansión, democratización, emancipación se convirtieron en las marcas definitorias de eso que se llamó (yo mismo llamé más arriba) modernidad. Con el tiempo se cayó en cuenta que tampoco aquí podemos hablar de un fenómeno exclusivamente europeo, que hubo modernidades en otras regiones, que su superestructura ideológica, la Ilustración, también tuvo un alcance global, y por fin que movimientos revolucionarios como los europeos se desarrollaron en varias partes del mundo protomoderno.

Aun así, fue una región acotada la que llegó primeramente a ser moderna, ilustrada, revolucionaria: la del Atlántico norte, donde el crecimiento económico y el consiguiente cambio social fue más regular, sostenido y palpable, donde ciertos sectores de la población empezaron a participar mayormente de la riqueza, el poder y el conocimiento, donde se estableció una ideología ya no basada en fundamentos religiosos y metafísicos, y donde el acerbo científico aumentó y aumentó. Las condiciones de vida, materiales y sociales, cambiaron radicalmente en pocas generaciones, cambiaron los comportamientos y la psicología individual misma, en un plazo que la memoria familiar podía abarcar. El conjunto geográfico y social así afectado sintió su diferencia cada vez más pronunciada con el resto de la humanidad.

MODERNIDAD, OCCIDENTE

Llegamos entonces, volvemos, al momento en que se inventó en Rusia o en Francia ese nombre de Occidente para entender la realidad de unas sociedades inéditas que en pocas décadas establecieron su hegemonía comercial, financiera, económica, militar y política sobre el resto del mundo. Una hegemonía que todo parecía confirmar, desde las estadísticas hasta las victorias militares, y era explicada por una compleja elaboración eurocentrista que el aparato intelectual decimonónico construyó sobre el basamento de las filosofías de la historia, con el andamiaje de las ciencias sociales, de argumentos que se decían basados en las ciencias naturales.

Igualmente daba indicio de la superioridad de Europa la permeabilidad de sus formas culturales, la prontitud con que otras humanidades las adoptaban, aun inconscientemente, aun bajo la apariencia de rechazo. Primero fueron las clases dirigentes periféricas, con intención de acotar la adopción a las exitosas técnicas militares, administrativas y financieras, a teatros de ópera y edificios neogóticos y hasta a revivals de su propia tradición filtrada por el tamiz europeo. Sin embargo este acotamiento no fue posible: las intelligentsias y grupos sociales cada vez más extendidos hacia abajo en la escala social fueron imitando también la vestimenta, mobiliario, dieta, relación con el tiempo, onomástica y prejuicios de los países triunfantes. Neologismos léxicos tradujeron las adaptaciones. Más forzadamente se fueron introduciendo formas de ordenamiento político, de relaciones sociales y familiares, de pensamiento y de psicología individual.

Sobre las causas de la hegemonía no hay acuerdo. Se habló, se sigue hablando, de una raza superior, de situación geográfica, pluralidad política, poliarquía feudal, instituciones libres, ciencia

y técnica, saqueo colonial. Tales elementos de explicación nos remiten a un espeso sustrato histórico: la hegemonía tiene raíces profundas. Aun así, no es lícita la proyección al pasado remoto de dicho momento —la genealogía griega y mucho menos el mitológico— y tampoco a otro pasado más cercano que amigos y enemigos datan de la primera expansión europea en el siglo XVI. Creo por el contrario más adecuado hacer remontar ese momento a las primeras décadas del XIX.

Desde tal comienzo el complejo cultural identificado con Europa avanzó triunfalmente durante un siglo, de modo capilar, amplio e indiscutido. Transformó las sociedades que tenían una base histórica común con las noratlánticas, los Balcanes y esas penínsulas itálica e ibérica que tan ajenas al principio parecían, tan semejantes a Asia y África. El avance continuó transformando a buena parte de las intelligentsias y élites, pero también de las clases medias y hasta sectores populares del Mediterráneo oriental, del Magreb y de América Latina. Penetró en otras áreas, en capitales, en zonas portuarias, en Bengala y Japón, frenó el extrañamiento cultural de las sociedades criollas de Norteamérica y Sudáfrica. No se dudó que el avance terminaría arrollando al resto de las culturas del mundo, las cuales desaparecerían por exterminio físico de sus portadores o por la conversión pacífica, fundiéndose el orbe en el cuerpo de la *civilización*.

No sólo se pensaba así en el centro privilegiado del desarrollo, sino que también en las periferias, cuya vida cotidiana había cambiado, compartían esa visión de futuro. La compartían los grupos más conservadores y los más revolucionarios. Pocos rezagos tradicionalistas y mesiánicos, pocas comunidades tribales perdidas podían dudar de ello. Hablando de este proceso, el modernizador de Turquía, Kemal Atatürk, afirmaba que “la civilización posee una

fuerza tal que quema y destruye todo lo que ante ella permanece indiferente”. Civilización era aquí un sinónimo de Europa; era ésta el referente universal —aunque el viejo nombre de los francos seguía teniendo vigencia en Asia— no el todavía inusual de Occidente. Fue el momento eurocentrado de la historia mundial.

Pese a todo, en algún momento este avance se desaceleró, se frenó. A comienzos del siglo XX el malestar y la duda se difundieron desde el núcleo mismo de la expansión, hubo movimientos intelectuales y estéticos rupturistas, nostalgias conservadoras, hubo crisis, reafirmación plebeya, una guerra de dimensiones inéditas y revoluciones. De alguna manera se relacionaba este malestar con el deterioro de la hegemonía multidimensional: en el terreno demográfico, geopolítico, económico, las disparidades entre los triunfadores del Atlántico norte y los demás países disminuían y hasta revertían. Las crisis y la Gran Guerra habían llevado el desprestigio de ese centro hegemónico, y los aliados que éste tenía en la periferia perdían pie ante grupos que buscaban desvincularse del mismo.

Se habló de degeneración y decadencia; asociada a ésta apareció una influyente versión de la historia del mundo ya no basada en el esquema evolutivo eurocéntrico sino en la idea de múltiples civilizaciones mutuamente intraducibles, la de Oswald Spengler. Éste, como antes dije, difundió el uso de la palabra *Occidente*. Ya no se trataba de diferenciarlo de *Europa* ni de reclamar una superioridad de la que ya se dudaba, y hasta una peculiaridad que ya no estaba cómodamente marcada por el predominio ni la vocación universalista y que inclusive se sentía amenazada desde el exterior.

La amenaza eran movimientos de resistencia y reafirmación que no se apoyaban únicamente en símbolos premodernos sino

ahora también en una reelaboración local de ideas y técnicas de esa modernidad, esa civilización, que habían conocido desde los centros noratlánticos, pero a menudo desde sus vecinos más exitosos, como Japón en el caso de muchas sociedades asiáticas. Era, décadas antes que se la teorizara, la idea de múltiples modernidades. Idea confusa y ambigua en su teoría actual como lo fue en su práctica de entonces, pero ésta orientaba en su borrosidad a rebeldes, revolucionarios, reformadores y hasta a grupos reaccionarios durante todo el siglo XX.

La lucha fue desigual al inicio. Para protección de ese dominio noratlántico habían sido creadas fuertes estructuras de poder, corporizadas en administraciones coloniales, instituciones financieras y bélicas, insufladas todas por un aparato intelectual prestigioso: prensa, editoriales, sistema escolar y universidades, el vocabulario mismo, difundían un esquema conceptual sólido, el paradigma sociológico de la modernidad, la idea de la inevitabilidad del Occidente.

En ese fondo estaban obligados a beber los intelectuales locales que querían criticar, y que sólo de manera insegura podían hallar fuentes alternativas en alguna alta cultura tradicional —de la que gustaban poco y a la que entendían mal— o en alguna inspiración popular. Sus primeras protestas fueron balbuceos mal estructurados, hubo excesos, incoherencia, idealizaciones y fundamentalismos, y a menudo la alternativa se expresó mejor en la literatura y el arte. Aun así, se conformó lentamente una panoplia de ideas que empuñaron contra los grupos que habían crecido a la sombra de la alianza con los centros noratlánticos, y contra estos mismos centros. En la confrontación, propugnadores y adversarios daban por supuesta la existencia de una entidad llamada, con variantes lingüísticas, el Occidente. Dieron al término alguna existencia

palpable, en la medida que pueden serlo las de su clase, la defensa del colonialismo primero, luego la alianza militar contra la Unión Soviética.

Cuando ésta desapareció, el nombre lo recogieron grupos conservadores en pugna con el ascenso de potencias asiáticas o con la llegada de inmigrantes del Sur. Oímos que vociferan su nombre defensores e impugnadores, se escribe con frecuencia la historia virtuosa o perversa del Occidente y las razones de su éxito. Pese a todo ello, las realidades que dieron cierta unidad a una región de la que emanó ese nombre están cambiando. A medida que los conceptos se van completando, que los argumentos se redondean, se van disasociando de la idea mítica de Occidente los valores de la civilización, la modernidad, la Ilustración y la revolución. Éstos mutan y son asumidos por grupos cosmopolitas cada vez más ajenos al entramado que dio origen a tales fenómenos, al gran relato creado por la erudición burguesa. Otros son los referentes culturales que tales grupos asumen al ritmo de los cambios generacionales y la globalización, una mezcla de tradiciones locales e internacionales, tan igualmente abigarradas en las sociedades que fueron periferias como en las que en otra época se consideraron occidentales.

Con ello se van desprendiendo áreas civilizacionales que antaño habían aspirado a la identificación, a la fusión en un futuro. Cuando retomó la idea de la variedad de civilizaciones (1992), Samuel Huntington ya veía dudosa la pertenencia a Occidente del mundo cristiano ortodoxo, de América Latina, veía conformarse una variante civilizacional propia en el África y sobre todo veía el resurgimiento de tradiciones ajenas en distintas áreas de Asia. Su insistencia misma mostraba que ya el bloque no se mostraba tan seguro de su identidad. Hoy lo reafirman las élites de Esta-

dos Unidos que fluctúan entre proclamarse los hermanos mayores de Occidente y hablar de una civilización propia; las migraciones asiáticas y africanas a Canadá y Australia cada vez alejan más a estos países; en Europa se proponen otras demarcaciones en las que asentarse: el espacio mediterráneo y hasta la moribunda latinidad resurgen como referentes.

Queda así reducido el Occidente a su expresión militar y geopolítica, al lenguaje de las potencias y de los grupos conservadores, entidades todas de existencia inestable. Hay gestos cansados como el de la reunión en Carbis Bay del Grupo de los Siete (junio del 2021), que todavía elevaron consignas de libertad y democracia pretendiendo así distinguir a sus enunciadores de esas otredades que son sus rivales geopolíticos y económicos.

Poca atención y menos fe suscitan ya esas repeticiones, tan menesterosas como las promesas de ayuda, hermandad y reconstrucción que también emiten sus sostenedores. Persisten sin embargo quienes se hacen eco de ellas desde América Latina y reiteran nuestra pertenencia a ese núcleo privilegiado de la humanidad. Frente a tales posiciones cabe alentar las contradictorias voces que desde múltiples rincones de Nuestra América llaman a revisar esos relatos sobre el pasado y el presente que nos han sido impuestos y al mismo tiempo a una reelaboración conceptual que lleve a renombrar los nuevos conjuntos civilizacionales del siglo XXI.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

Bartlett, Robert, *The making of Europe: conquest, colonization and cultural change 950-1350*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1995.

- Bernal, Martin, *Atenea negra: las raíces afroasiáticas de la civilización clásica*, Teófilo de Lozoya, trad., Barcelona, Crítica, 1993.
- Castellán, Ángel, *Algunas preguntas por lo moderno*, Buenos Aires, Tekné, 1986.
- Chakrabarty, Dipesh, *Provincializing Europe: postcolonial thought and historical difference*, Princeton/Oxford, Princeton University Press, 2000.
- Daly, Jonathan, *Historians debate the Rise of the West*, Londres/Nueva York, Routledge, 2014.
- Ferguson, Wallace K., *The Renaissance in historical thought: five centuries of interpretation*, Boston, Houghton Mifflin, 1950.
- Fernández Retamar, Roberto, “América Latina y el trasfondo de Occidente”, en Leopoldo Zea, coord., *América Latina en sus ideas*, México, Unesco/FCE, 1986, pp. 300-330.
- GoGwilt, Chris, “True West: the changing idea of the West from the 1880s to the 1920s”, en Silvia Federici, ed., *Enduring Western civilization: the construction of the concept of Western civilization and its “others”*, Westport/Connecticut/Londres, Praeger, 1995, pp. 37-61.
- Hay, Denys, *Europe: the emergence of an idea* (1955), Nueva York, Harper & Row, 1967.
- McNeill, William, *The rise of the West*, Chicago, University of Chicago, 1963.
- Quijano, Aníbal, “Colonialidad del poder y clasificación social” (2000), en *id.*, *Cuestiones y horizontes: antología esencial*, sel. y pról. de Danilo Assis Clímaco, Buenos Aires, Clacso, 2014, pp. 285-327.
- Toynbee, Arnold J., *Estudio de la historia* (1934-1961), Buenos Aires, Emecé, 1951-1963.

- Tur, Carlos M., y Hernán G.H. Taboada, *Eurocriollismo, globalización e historiografía en América Latina*, México, CIALC-UNAM, 2008.
- Wallerstein, Immanuel, *El moderno sistema mundial (1974-2011)*, México, Siglo XXI, 1984ss.
- Wilkinson, David, “Central civilization”, en Stephen K. Sanderson, ed., *Civilizations and world systems: studying world historical change*, Walnut Creek/Londres/Nueva Delhi, AltaMira/Sage, 1995, pp. 46-74.